



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 30 de mayo de 2001

La oración de la mañana para obtener la ayuda del Señor

1. "Por la mañana escucharás mi voz; por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando". Con estas palabras, el salmo 5 se presenta como una oración de la mañana y, por tanto, se sitúa muy bien en la liturgia de las Laudes, el canto de los fieles al inicio de la jornada. Sin embargo, el tono de fondo de esta súplica está marcado por la tensión y el ansia ante los peligros y las amarguras inminentes. Pero no pierde la confianza en Dios, que siempre está dispuesto a sostener a sus fieles para que no tropiecen en el camino de la vida.

"Nadie, salvo la Iglesia, posee esa confianza" (san Jerónimo, *Tractatus LIX in psalmos*, 5, 27: PL 26, 829). Y san Agustín, refiriéndose al título que se halla al inicio del salmo, un título que en su versión latina reza: "Para aquella que recibe la herencia", explica: "Se trata, por consiguiente, de la Iglesia, que recibe en herencia la vida eterna por medio de nuestro Señor Jesucristo, de modo que posee a Dios mismo, se adhiere a él, y encuentra en él su felicidad, de acuerdo con lo que está escrito: "Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra" (Mt 5, 4)" (*Enarrationes in Psalmos*, 5: CCL 38, 1, 2-3).

2. Como acontece a menudo en los salmos de *súplica* dirigidos al Señor para que libre a los fieles del mal, son tres los personajes que entran en escena en este salmo. El primero es Dios (vv. 2-7), el *Tú* por excelencia del salmo, al que el orante se dirige con confianza. Frente a las pesadillas de una jornada dura y tal vez peligrosa, destaca una certeza. El Señor es un Dios coherente, riguroso en lo que respecta a la injusticia y ajeno a cualquier componenda con el mal: "Tú no eres un Dios que ame la maldad" (v. 5).

Una larga lista de personas malas —el malvado, el arrogante, el malhechor, el mentiroso, el sanguinario y el traicionero— desfila ante la mirada del Señor. Él es el Dios santo y justo, y está siempre de parte de quienes siguen los caminos de la verdad y del amor, mientras que se opone a quienes escogen "los senderos que llevan al reino de las sombras" (cf. *Pr* 2, 18). Por eso el fiel no se siente solo y abandonado al afrontar la ciudad, penetrando en la sociedad y en el torbellino de las vicisitudes diarias.

3. En los versículos 8 y 9 de nuestra oración matutina, el segundo personaje, el orante, se presenta a sí mismo con un *Yo*, revelando que toda su persona está dedicada a Dios y a su "gran misericordia". Está seguro de que las puertas del templo, es decir, el lugar de la comunión y de la intimidad divina, cerradas para los impíos, están abiertas de par en par ante él. Él entra en el templo para gozar de la seguridad de la protección divina, mientras afuera el mal domina y celebra sus aparentes y efímeros triunfos.

La oración matutina en el templo proporciona al fiel una fortaleza interior que le permite afrontar un mundo a menudo hostil. El Señor mismo lo tomará de la mano y lo guiará por las sendas de la ciudad, más aún, le "allanará el camino", como dice el salmista con una imagen sencilla pero sugestiva. En el original hebreo, esta serena confianza se funda en dos términos (*hésed* y *sedaqáh*): "misericordia o fidelidad", por una parte, y "justicia o salvación", por otra. Son las palabras típicas para celebrar la alianza que une al Señor con su pueblo y con cada uno de sus fieles.

4. Por último, se perfila en el horizonte la oscura figura del tercer actor de este drama diario: son los *enemigos*, los *malvados*, que ya se habían insinuado en los versículos anteriores. Después del "Tú" de Dios y del "Yo" del orante, viene ahora un "Ellos" que alude a una masa hostil, símbolo del mal del mundo (vv. 10 y 11). Su fisonomía se presenta sobre la base de un elemento fundamental en la comunicación social: *la palabra*. Cuatro elementos —boca, corazón, garganta y lengua— expresan la radicalidad de la malicia que encierran sus opciones. En su boca no hay sinceridad, su corazón es siempre perverso, su garganta es un sepulcro abierto, que sólo quiere la muerte, y su lengua es seductora, pero "está llena de veneno mortífero" (*St* 3, 8).

5. Después de este retrato crudo y realista del perverso que atenta contra el justo, el salmista invoca la condena divina en un versículo (v. 11), que la liturgia cristiana omite, queriendo así conformarse a la revelación neotestamentaria del amor misericordioso, el cual ofrece incluso al malvado la posibilidad de conversión.

La oración del salmista culmina en un final lleno de luz y de paz (vv. 12-13), después del oscuro perfil del pecador que acaba de dibujar. Una gran serenidad y alegría embarga a quien es fiel al Señor. La jornada que se abre ahora ante el creyente, aun en medio de fatigas y ansias, resplandecerá siempre con el sol de la bendición divina. Al salmista, que conoce a fondo el corazón y el estilo de Dios, no le cabe la menor duda: "Tú, Señor, bendices al justo y como un

escudo lo cubre tu favor" (v. 13).

Saludos

Deseo saludar ahora a los fieles de lengua española, en particular a la coral "Ángel Mingote" de Daroca y al grupo de Panamá, así como a los demás peregrinos españoles y latinoamericanos. Que el Señor, que bendice al justo, conceda a cada uno de vosotros serenidad y alegría para afrontar los trabajos y dificultades de cada día. Muchas gracias.

(A los peregrinos croatas)

La esperanza es don del Espíritu Santo a los discípulos de Cristo. Es inseparable de la fe y de la caridad. La fidelidad a ese don en medio de las angustias del mundo hay que sostenerla con la adhesión firme al Evangelio y la unidad constante con el obispo local y los sacerdotes, sus colaboradores en la guía del pueblo de Dios.

(A los sacerdotes y religiosas que están participando en un curso de animación misionera y a las religiosas que frecuentan el curso anual de formadores)

Tanto a vosotros, sacerdotes, como a vosotras, religiosas, os digo: anunciad con valentía el mensaje del Evangelio y testimoniad por doquier que la fe cristiana responde plenamente a las esperanzas y expectativas más profundas del hombre y de la sociedad.

Dirijo, por último, un afectuoso saludo a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Amadísimos hermanos, la Iglesia recordará mañana la Visitación de la santísima Virgen. María va a casa de su anciana pariente para ayudarle. Se convierte así para nosotros en ejemplo y modelo de solicitud hacia los necesitados.

Queridos *jóvenes*, mirad a María para que aprendáis de ella a crecer en la fiel adhesión a Cristo y en el amor a los hermanos. La Virgen santísima os ayude a vosotros, queridos *enfermos*, a hacer de vuestro sufrimiento un ofrecimiento al Padre celestial, en unión con Cristo crucificado.

Sostenidos por su materna intercesión, vosotros, queridos *recién casados*, inspiraos siempre en el Evangelio para fortalecer vuestra unión conyugal y abrid a las exigencias del prójimo necesitado.